

descubrimientos, navegaciones y conquistas con que se inaugura la Edad Moderna, si bien los testimonios históricos acreditan que á esta aspiración tan levantada solían ir unidos otros móviles de naturaleza más prosaica, ó más práctica, como el afán de allegar riquezas y de conseguir poderío y oficios importantes en la república. Tiene, pues, la novela su parte psicológica, que principalmente se explana en el prólogo y el epílogo de las aventuras de *Morsamor*, y que sirve, entre otras cosas, para mantener la unidad moral del personaje y la misma unidad de la historia.

Un punto curioso, susceptible de mayores explicaciones que las que yo puedo ahora dedicarle, es la proporción relativamente considerable en que figura entre los diversos elementos de esta novela, lo tocante al ocultismo antiguo y moderno. Encaja muy bien esto en la época en que se desarrollan los sucesos descritos por el señor Valera, pues sabido es que en el período del Renacimiento se cultivaron mucho y estuvieron en gran predicamento las llamadas ciencias ocultas. Y al mismo tiempo es casi una nota modernista, pues ahora el ocultismo, la magia, la teosofía, etc., han venido á figurar entre las novedades, extravagancias y caprichos del final del siglo.

En *Morsamor*, como en otros libros del

señor Valera, pero principalmente en este último, se observa que el autor de *Pepita Jiménez* ha leído mucho los libros y folletos de madame Blavatski, de Annie Bessant, de Olcott, Sinnet y otros teósofos modernos, á los cuales cita, y los cuales acaso le han inspirado algunos de los episodios de su novela, como el cenobio de los *Mahatmas*, ó por lo menos le habrán ofrecido datos y noticias para presentarlos con la mayor exactitud y propiedad. Desde luego, los que estén familiarizados con la literatura teosófica moderna (muchas de cuyas obras han sido traducidas al castellano, si bien parecen haber alcanzado muy escasa difusión), comprenderán y apreciarán mejor que los demás lectores algunos pasajes de *Morsamor*, sin que esto quiera decir, ni mucho menos, que dicha novela tenga algo de esotérica ó misteriosa, al menos en la apariencia. Antes, por el contrario, presenta esa claridad en la expresión y en lo expresado, esa luz exterior é interior, que caracteriza las obras del señor Valera y las da una filiación enteramente helénica, en cuanto puede subsistir hoy el helenismo.

Quizá algún día hable de esa curiosa literatura teosófica á que tan aficionado parece ser el autor de *Morsamor*, y que es ciertamente lo más notable y digno de atención que puede señalarse hasta ahora en la historia del ocultismo moderno.

Pero es cosa para tratada más despacio, y dejándola para cuando Dios sea servido, pongo fin á esta Crónica.

E. GOMEZ DE BAQUERO.

PÁRRAFOS DE UNA CARTA

Universidad de Salamanca: 1899.

Señor Pedro-Emilio Coll.

Pocas cosas me han henchido más el pecho del alma desde que de mi Vizcaya vine á este austero ciudadón á vivir mis ideas y mis sentimientos, á hacer fructificar mi niñez—una preñada niñez de montañas—como la acogida que mi labor empieza á tener en la América y los americanos de lengua española. A ver si aquellos, si esos países jóvenes llegan á ser para nosotros mundo, ya que esto es claustro.

Aquí trabajo y vivo gracias sobre todo al recogimiento y á haberme aislado de la charca de Madrid. Mi constante predicación (porque á sermón huele) halla en España mucha resistencia; no comprenden la fe libre, libre de dogma, la santa tolerancia. Todo lo corroe la tiranía de las pseudo-ideas. Unos me llaman anarquista, otros místico, jesuíta algunos, desequilibrado muchos, protestante unos cuantos y yo

Dejo decir y sigo mi camino



Sigo mi camino, empeñándome en que no se pregunte á nadie de dónde viene, ni qué credo tiene, ni cuáles son sus ideas sino que se le sienta latir el corazón. Es buena toda idea del hombre bueno. Figúrese usted la labor en un pueblo como éste endurecido por un dogmatismo secular, donde el espíritu católico, lógico formal, esquemático, exterior, ha ahogado al espíritu cristiano, á la fe libre que consume y transforma al dogma mismo que engendró. Es una inespiritualidad lamentable; resulta el pueblo más incientífico y más irreligioso que conozco.

Mas es inútil hablarle de esto, ya que ha leído mi *En torno al casticismo*, trabajo que con ligeras adiciones y algún repaso proyectado desde hace tiempo dar á luz en un volumen. No lo he hecho aún esperando á poder hacerlo por mi cuenta, ya que no he encontrado aquí, hasta hoy, editor que se me resuelva. Ahora que tanto se habla de la psicología del pueblo español y que tanto juicio superficial ó viciado se emite, creía yo de interés la publicación de ese mi trabajo de hace cinco años. Pero se me ha hecho aquí una fama de enrevesado, sibilítico y difícil (fama que empiezo á deshacer) á tal punto que los editores se resisten. Por esto espero repetir lo que hice con mi *Paz en la guerra*, de que salí muy bien librado.

Y dejándome ya del funesto yo, vuelvo á lo otro. Lo otro es América.

.....
Con todo lo turbio que hay en las actuales letras americanas se ve que aspiran á algo cada vez más alto, que es el *excelsior!* su divisa, que no se duermen en el rutinarismo que aquí impera ni, como nosotros,

se jactan de un equilibrio engañoso de salud gañanesca. Si le he de ser franco me duele algo de la influencia casi exclusiva que la actual literatura francesa allí ejerce, pero ello tiene su razón: la nuestra no puede influir porque no da sustancia. Yo, personalmente, gusto poco de la literatura francesa. Me gustan los suizos y los belgas que escriben en francés, pero los *parisienses* muy poco. El espíritu francés es casi siempre sensual y lógico, y ni la sensualidad ni la lógica me atraen. Sólo las quiero como escalones para la supra-sensualidad y la meta-lógica, para lo místico y lo intuitivo. Nunca he podido concluir un libro de Lavedan, Donnay, Marni, Loti, ni aun de Bourget. Los leo, sin embargo, en mi empeño por comprenderlo y gustarlo todo. Veo siempre ó superficialidad ó *pose*. Y hay muchos Paul Adam que empiezan por audacias de llamar la atención para acabar en *tíos* Sarcey. O como Barrès. Ahora los grandes, Taine, Zola, Daudet, Heredia, Huysmans, etc., son otra cosa. Pero prefiero Amiel, el abismático Amiel, y aquel estupendo *Obermann* en cuyos brazos se aduerme el alma. De todos modos no encuentro hoy novelista francés que me llene como Hall Caine ó Humphrey Ward; aburre la eterna cantinela del amor sexual y del adulterio. Parece que se ha extinguido el alma de Pascal.—Por todo esto me gustaría que la influencia francesa se templase con la de otras literaturas. Cierto es que yo, que me siento poco ó nada latino (en rigor no lo soy, como vasco) gusto más de lo inglés, alemán y escandinavo, me complazco en la bruma. Mucho de esto diré en el prólogo con que encabezo algunas traducciones de Wordsworth, el dulce poeta *lakista*.

Veo que dejándome llevar de mi *apístolo-* manía convierto esto en charla suelta. Es que quiero tratarle como á amigo. Por esto le expongo mis preferencias, de que quisiera curarme para preferirlo todo. Aspiro á no excluir nada. Tal vez mi mayor labor íntima son mis ocho años de enseñanza de la lengua y literatura helénicas siendo yo tan poco heleno. En esta obstinada labor, traduciendo mucho y en cada curso distintas cosas, he ido estudiando lo helénico y con el estudio más fructuoso, el que da una sosegada exégesis en clase, ante reducidos alumnos. Algún día publicaré el fruto de mi enseñanza del griego. Leyendo á Nietzsche he visto cuanto sacó de los griegos, de cuya literatura fue (como lo soy yo) profesor universitario. Casi toda su doctrina en lo que no procede de Schopenhauer ó (pasando por Feuerbach é Hirner) de Hegel, viene de los sofistas griegos. El "sobre-hombre" es helénico y depurado se encuentra en San Pablo. Dígole, pues, que pienso escribir con calma el fruto de mi labor universitaria. No en vano habré traducido y comentado á Homero, Platón, Sófocles, Tucídides, etc. Y los griegos me han ido reconciliando con los franceses; he llegado hasta á apreciar lo que vale expresar elocuentemente lugares comunes, y lo que la gracia vale. Pero de lo griego priva en París ahora lo alejandrino, lo artificioso, lo manchado de literatismo. Y hay otro mundo, mundo inmenso, y es la literatura cristiana de los seis primeros siglos, la de los heresiarcas. ¡Qué riqueza! El mundo de Orígenes y Bazíldes y bar Sudail es un mundo de ideas nuevas, siempre nuevas.

Hoy parece que en Francia, miran ya hacia fuera y se abren á otros espíritus, pero siempre

con reserva. El alma francesa no se entrega más que en apariencia; siempre enamorada de la *belle ordonnance*, raciniana siempre, siempre con lógica port-royalesca, siempre estimando á Shakespeare como un bárbaro interesante. Es inútil que un Richepin (que me gusta mucho) se declare turanio; es francés siempre, y francés á quien le cantan en el alma los clásicos que estudió en el Liceo. Es difícil que sientan á Carlyle, v. gr. porque no tienen en el alma nada de puritano, las disputas sobre la predestinación nada les dicen. Con haber sido un país de teólogos, y muy grandes, no lo ha sido de místicos. Los místicos son flamencos, españoles y aun italianos. Lo que ahí llaman misticismo es otra cosa, una cosa ya pegajosa, ya babosa, ya logomáquica.

Y basta de disertaciones.